Discurso de H. Neira al lanzar "los viajes del Argonauta"

Queridos amigos:

Pareciera que en la literatura sucede de modo semejante a como sucede con la naturaleza, es decir que no se la puede estudiar sin desnaturalizarla. Las obras, tal si se hubieran apoderado de la vida que les dio el autor, tienden a robarle su aliento y su palabra. Desde el mismo día de la publicación, ya no será él quien hable, ya no se dirigirán a él los críticos, el texto ocupa ahora el lugar que antes disfrutaba él en las conversaciones. Incluso pareciera que es un requisito indispensable de todo libro que pretenda ser bueno que el escritor desaparezca tras sus páginas. Si este tiene todavía que explicarse o explicar lo que no ha quedado en claro en los escritos es que entonces la calidad del texto es discutible. ¿ Acaso no es significante por sí mismo ? - preguntarán los entendidos-, ¿es que agrega ahora correcciones que no hizo cuando revisó las pruebas en la imprenta ?, ¿omitió algún capítulo?. De ser una de estas alternativas cierta, la obra es inmadura o incompleta, y entonces, eventualmente, no merecería publicarse.

No quiero que se diga eso de mí, no quiero explicar aquí lo que no ha quedado claro en los escritos, espero que todo lo que se plantea en ellos quede resuelto o, al menos, entregadas las claves para su lectura. Pero aún me quedan instantes y, como condenado a quien se le permite expresar su último deseo, quiero sostener algunas proposiciones que, sin agregar algo distinto, tal vez faciliten su interpretación.

Los Viajes del Argonauta es un sistema dramático y simbólico que tiene su propia regla y su propia legalidad. Remite a un mundo que es deliberadamente literario y ficticio, lejos está del realismo, no porque tengamos algo contra él, sino porque para nuestros fines no resultaba conveniente. Sin embargo, nuestros propósitos son sencillos, queremos crear un ambiente donde el público acepte, o más bien, quede atrapado, encantado, subyugado -si se quiere- por nuestra fantasía. Sólo que no queremos drogarlo como pretende la seudoliteratura y el seudodrama de la serie televisiva, Los Viajes del Argonauta quieren que sus lectores se abran al mundo de lo imaginario y lo ficticio sabiendo que es ficticio, no como una evasión de lo real, sino como su complemento. Queremos disolver las estructuras del espacio y del tiempo, queremos disolver por un instante las extructuras de la existencia que llevan al hombre inexorablemente desde la vida a la muerte pasando por la infancia, la juventud y la vejez.

Pero no somos escapistas, no queremos que la literatura ocupe entre las clases cultas el lugar que ocupa el neoprén en los barrios marginales. Es ese mundo imaginario donde se puede cruzar un continente o trasladarse a un futuro indeterminado el que nos permite ver, desde un punto de vista privilegiado, que el hombre adquiere su ser en medio de su mundo y en medio de sus circunstancias. No puede modificarse más que abrazándolas para trascenderlas, jamás mediante la evasión. Así, el Argonauta acepta el destino necesariamente temporal y contingente de la existencia humana. Ni él ni nadie puede escapar a la temporalidad, pero la historia cambia y como el hombre vive en medio de ella, se modifica inexorablemente junto a su devenir. Así, por paradójico que pueda parecer, el aspecto aparentemente atemporal y aespacial del Argonauta son la exageración ficticia y deliberada del carácter situado del mundo del hombre, pues su ubicuidad le le obliga a estar aquí o allá, jamás en un lugar abstracto o en ningún lugar.

Nadie elige su tiempo, tampoco elige el Argonauta realizar los viajes que se le imponen, pero una vez que se halla navegando no tiene más remedio que buscar un puerto y llegar a tierra forzando vientos y corrientes. Y cualquiera que haya navegado en un velero sabe que el único modo de llevar la nave hacia el destino es comprometiéndose con el mar y con la atmósfera, que ya tienen su sentido propio, para arrancárselo y darles

nuestra propia significación. Por eso, el Argonauta sabe que si verdaderamente quiere mantener el rumbo nada saca con huir. Incluso aunque quisiera un rumbo neutro tendría que hundir la quilla y el timón bajo la superficie y manipular los aparejos igual que si quisiera ir al muelle. Así, pues, tal como nos lo han mostrado James Joyce con su Ulysses y Virginia Woolf con su Orlando desde comienzos de siglo, aquello que se denomina compromiso no es producto de ninguna decisión, de ningun opción deliberada, sino el único modo de vida posible del ser humano. La existencia nunca es neutra, nunca es blanca, no existen banderas transparentes, el que calla realiza el acto de callar del mismo modo que actúa el que vocifera pues, ¿cómo podría vivir alguien fuera de su mundo y de su época aunque sea para rechazarla?.

El Argonauta, entonces, quiere dar un sentido a los vientos que se topa en medio de un viaje que no ha elegido. Sabe que no puede olvidarlos pero sabe que puede darles un sentido, su sentido sabe que puede humanizarlos, que abrazando la contingencia puede realizar lo absoluto por medio de la relatividad. Así, el Argonauta tiene que inventar al hombre en medio de la negación del hombre en cada uno de sus viajes. Nunca sabe lo que está adelante pero no le teme, de él puede decirse lo que decía Sartre de su generación: "era preciso que nos salváramos a tientas en este tiempo irreversible; los acontecimientos caían sobre nosotros como langostas y teníamos que hacer nuestro oficio de hombres frente a lo incomprensible y lo insostenible, apostar, conjeturar sin pruebas, emprender en la incertidumbre y perseverar sin esperanza; cabrá explicar nuestra época, pero esto no impedirá que haya sido para nosotros inexplicable ni nos quitará el sabor amargo, ese sabor amargo que nuestra época ha tenido para nosotros solos y que desaparecerá con nosotros".

No nos enredemos, pues, en un debate estéril y decimonónico. El valor universal de la literatura ha de realizarse en el presente o en ningún lugar, nadie alcanza la eternidad si no es entrando por una puerta y esa puerta, querámoslo o no, no está en el más allá sino en el aquí y ahora. Como Ulises, como Heráclito. como Platón, como Occam, como Hume, Descartes, Dante, Leonardo, Miguel Angel, Schiller, Goethe, Rousseau, Hegel, Flaubert, Victor Hugo, Picasso, Sartre, Hemingway, como Neruda, en fin, como el Argonauta, la misión del pensamiento y del arte, especialmente de la literatura, es entrever lo que de eterno pueda hallarse en lo contingente. Por eso, el arte y la filosofía son como Jonás, como náufragos. No pueden impedir que los trague la vorágine, pueden hacer lo que quieran, pero no impedir que abracen silenciosa o estrepitosamente su tiempo. Sólo que no son cobardes, no se refugian en lo más profundo del cetáceo que los ha tragado. Ellos, también nosotros, somos hombres, somos libres, somos escritores, queremos servir a las letras, al pensamiento y al mundo para salvarlo del naufragio.

Queremos -ya lo dije antes- alcanzar lo absoluto en medio de la relatividad, queremos hacer literatura y queremos hacer filosofía, no cualquiera, sino la mejor pues somos, en cierta medida, profesionales. Ese es el modo como queremos servir a nuestro tiempo, evitando el facilismo y la drogadicción. Pero no queremos quedarnos en nuestra época, no nos gusta, nos desagrada, se niega al pensamiento y a las letras los fueros que por sí mismos se merecen; queremos pues, trascender la historia que vivimos, queremos en definitiva rescatar los valores de lo humano en medio de la inhumanidad. Entonces, si los viajes del Argonauta contribuyen, aunque sea minimamente a rescatar esos valores y a compartirlos con ustedes, me sentiré satisfecho y podré decir, como Ulises, que he llegado al puerto que buscaba.

La Serena, Julio de 1985.-